

# La Noviolencia y nuevas claves para leer a Jesús

*Non-violence and new keys for understanding Jesus*

## Resumen

Ante la necesidad de construir nuevos referentes culturales que nos permitan superar la amenaza que se cierne sobre la vida en el Planeta, se torna urgente revisar los mitos que nos han dado sentido para llenarlos de nuevos contenidos o, lo que es lo mismo, releerlos desde las urgencias del hoy. El Jesús histórico planteó muchas de sus propuestas en lógica contracultural, que hoy son recogidas por la estrategia de la noviolencia, entendiendo por ella una alternativa cultural que va emergiendo desde la profunda necesidad de mirarnos, reinterpretarnos y resignificarnos como humanidad.

Jesús plantea alternativas al método de la violencia en el tratamiento de los conflictos y en la relación entre los opuestos, aportando a la deconstrucción de los dualismos desde la ruptura de las fronteras que separan; insinúa un mundo nuevo construido desde los más frágiles; invita a prescindir del miedo como regulador social y prefiere la regulación a través del amor, por encima de la obediencia ciega a las normas; hoy más que nunca se torna necesario deconstruir la violencia, como método de salvación, porque esta lectura ha legitimado causas y razones para matar y morir.

**Palabras Clave:** Noviolencia, Jesús, cambio social.

## Abstract

*Given the need to construct new cultural referents for addressing the threats to life on this planet, it is urgent to review existing myths that have been used to give it meaning, in order to fill them with new contents or – basically the same thing – to reinterpret them based on today's urgencies. The historical Jesus based many of His proposals on countercultural logic, and today they are resurfacing within the non-violence strategy, understanding this to mean a cultural alternative emerging from the profound need to take a new look at ourselves, reinterpret ourselves and resignify ourselves as humanity.*

*Jesus poses alternatives to violence for dealing with conflicts and in the relation between opposites, contributing to the deconstruction of dualisms based on the rupture of the borders separating them; He insinuates a new world built upon the weakest; He invites us to discard fear as a social regulator and prefers regulation through love, above blind obedience to the norms. Today more than ever it is necessary to deconstruct violence as a means to salvation because the existing take on violence has legitimized causes and reasons for killing and dying.*

**Keywords:** Non-violence, Jesus, social change



## La Noviolencia y nuevas claves para leer a Jesús

**N**o soy teólogo, pero tengo que agradecer al Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI, de Costa Rica, por la oportunidad de enriquecer mi pensamiento, mi sentir, mi forma de relacionarme con el mundo con esa reflexión teológica profunda que hicimos durante tres meses intensos en 1986, acompañado con el sincretismo religioso que enriqueció el trabajo colectivo. Tampoco soy antropólogo, pero todo lo relacionado con el tema de la cultura me ayudó a entender mejor el mundo y sus posibilidades de transformación, cuando en el año de 1994 la organización El Taller, en Túnez, me dio la oportunidad de reflexionarlo en profundidad con cerca de 100 personas de muchas latitudes del planeta subsaharianos, latinoamericanos, indios, tailandeses, magrebíes, europeos, nepalíes, libaneses. Posteriormente la vida me puso de frente a la preocupación por la construcción de la paz y desde allí volví a reflexionar sobre las creencias religiosas y la cultura, e iniciar un proceso a través del cual ir apaciguando mi carácter.

Creo que, fundamentalmente, soy pedagogo porque la experiencia de vida y trabajo en Benposta - Nación de Muchachos, desde 1974, forjó mi esencia en la preocupación cotidiana por crear y hacer realidad un espacio de transformación en el que los niños, las niñas y los jóvenes fueran los sujetos de su propia historia y la de sus familias. Allí entendí el profundo poder que podemos ejercer las personas para que el mundo que nos rodea, sin importar sus dimensiones, sea un poco mejor. Inmerso en esta experiencia y con estas preocupaciones me hice politólogo y, posteriormente, con el objetivo de sistematizar los aprendizajes, magister en desarrollo educativo y social.

La urgencia de la paz, en un país que casi no se recuerda a sí mismo más que desde la guerra, cruzó en mi camino al Instituto para la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada (España). Con el nuevo siglo empecé mi doctorado en Paz, Conflictos y Democracia y esta oportunidad desplegó ante mí las historias de la humanidad construidas

desde un profundo salto al vacío, tan pleno de incertidumbres como reconstructor profundo de esperanzas, al que estamos llamando Noviolencia. Y las piezas del rompecabezas de mi vida, sus esencias, sus inquietudes, sus preguntas, sus ansiedades, sus búsquedas, empezaron a reencontrarse con una nueva mirada, con nuevos sentidos y con nuevas significaciones. Fue como si pequeños ríos y arroyos, con más o menos fuerza, hubiesen encontrado el sentido de su transcurrir al volverse parte fundamental de las aguas de un gran río que es capaz de refrescar, abonar, dar vida generosa, pero también de construirse cauces nuevos y creativos en la medida en que nuevas aguas llegan hasta él. Tal vez fue esto último lo que más me sigue seduciendo: es una propuesta que trae consigo un cauce profundo y pleno de potencial vida sedimentada, pero que es capaz de sugerirse distinto, todos los días, a partir de las afluencias que continuamente llegan hasta él.

Desde este hacerme parte del inmenso río —sin ya distinguir mis aguas de las suyas y, por lo tanto, sin que me sienta extraño y ajeno gracias a la magia que se produce cuando desaparecen las fronteras que separan lo mío de lo tuyo, lo nuestro de lo de ellos, pero sin desaparecer la conciencia de mi propia existencia, que se afirma en la paradoja de una vida que es ella, dejando en el camino la posibilidad de seguir siéndolo—, vuelvo a mirar, a reinterpretar mi esencia pedagógica, mis creencias, el poder, la cultura y la construcción de la paz.

Es desde este recodo del camino que quiero remirar la experiencia de Jesús y sus aportes, cuya importancia no depende de los dogmas, ni de los milagros, ni de su filiación divina. En medio de ello se nos ha perdido la esencia de su mensaje, porque nos ha interesado más la magia de lo que no podemos imitar que sus propuestas de transformación a las que podemos acceder como seres humanos. Como decía Hans Küng, teólogo alemán, hemos terminado cambiando la esencia del mensaje por la idolatría de la forma.

Tal vez mi reflexión tenga incorporado el aprendizaje del pequeño meandro que creó las aguas del propio río, pero que adquiere relevancia al descubrirse parte de la misma agua vital y colectiva.

Este aprendizaje fue producto de la misma fuerza y del mismo transcurrir y, por ello, tal vez en él puedan encontrarse y descubrirse unos otros que no soy yo. Es posible que seamos únicos e irrepetibles, pero la esencia que nos atraviesa y el propósito que nos impulsa no distingue particularidades. Otra paradoja. Como dicen los aborígenes australianos, somos parte de la Divina Unidad. Es posible que se necesite de un pensamiento profundamente simple para comprenderlo.

### Jesús de Nazareth

Es de resaltar la influencia importante del Sermón de la Montaña en varias de las personas que por sus acciones, sus escritos y sus reflexiones mantienen un protagonismo importante en esta búsqueda de nuevos referentes, simbolismos y significantes culturales. Para muchas de ellas aquí está la esencia del mensaje de Jesús y en dicho mensaje apoyan sus posiciones, convicciones y propuestas. Tolstói y Gandhi son un ejemplo de ello. Para Martin Luther King, hijo del sincretismo religioso que realizó la población afro en América del Norte, el mensaje de Jesús, en su conjunto, tiene un peso mayor que incluye las dimensiones de la fe.

Sin embargo, pretendo mirar de una manera más comprensiva cómo el Jesús histórico –haciendo con ello referencia a lo que ha llegado hasta nosotros de lo que hizo y dijo–, es expresión de una forma de pensar alternativa a la cultura hegemónica y, por lo tanto, expresión también de una sociedad humana que buscó y busca cuestionar y trascender los imaginarios atávicos. En concordancia con esto, me interesa analizar los elementos contraculturales de la propuesta, como un ejemplo más de esa expresión continua en la historia de la búsqueda de puntos de fuga, de nuevas bifurcaciones que le den también nuevas oportunidades a la vida. Voy a apoyar mis afirmaciones de manera especial en el libro de José Antonio Pagola Jesús, aproximación histórica, por su esfuerzo especial en hacer énfasis en el mensaje que nos llegó de Jesús, como persona que vivió en unas condiciones históricas concretas, que aprendió y se interrelacionó con ellas, por encima de las dimensio-

nes de fe que hablan de su filiación divina, que las trata porque es un teólogo creyente, pero no son la esencia de su análisis.

Hago énfasis en que me interesa revisar aquellos elementos que considero contraculturales, para resaltar cómo Jesús fue un hombre que, desde la sencillez profunda y su contacto con el dolor humano, supo plantear salidas alternativas que aún hoy, en medio de la sensación de crisis más generalizada que hemos vivido como humanidad, seguimos intuyendo y buscando; esta crisis nos lleva a releer su historia, así como la de muchas otras personas, con otros ojos, con los ojos de quienes buscan con ansiedad y premura claves que nos permitan reencontrarnos con la vida.

Gandhi se vio seducido por las propuestas de Jesús en el Sermón de la Montaña. Lo dijo así:

Conocí la Biblia hace alrededor de 45 años. No podía encontrar un gran interés en el Antiguo Testamento, pero cuando llegué al Nuevo Testamento y al Sermón de la Montaña, empecé a comprender la enseñanza de Cristo, y el mensaje de este sermón hizo eco con algo aprendido en mi infancia. Esta enseñanza era no vengarse y no devolver mal por mal.<sup>1</sup>

El Sermón de la Montaña coloca tres situaciones que han sido muy debatidas y que provocan todo tipo de reacciones: “si te dan en una mejilla, presenta también la otra”, “si te quieren quitar la túnica, regala también el manto”, “si te obligan a acompañar un kilómetro, acompáñalo dos” como ejemplos de no devolver al mal con mal.

Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra: al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda. (Mateo 5, 38-42).

1. Fuente: [www.sipaz.org](http://www.sipaz.org) [www.webislam.com](http://www.webislam.com) <http://achuisle.multiply.com/reviews/item/106> Recuperado el 24 de marzo de 2011

Las lecturas e interpretaciones más comunes giran en torno a la pretensión de ir más allá de lo humano, llegando a requerir, desde esta perspectiva, un autocontrol y una bondad que se sale de los parámetros de la mayoría de las personas, casi como la consecuencia de un máximo nivel de perfección. Por el contrario, estas palabras proponen un método distinto para confrontar la violencia. Es algo así como si te atacan con violencia, reacciona de una forma que tu agresor no espera, produciendo en él una sensación de desconcierto tal, que el efecto de dicho desconcierto te proteja de su agresión y, de paso, transforme y reduzca su violencia, sintiendo profunda vergüenza de la misma. La estrategia del desconcierto, que no es otra cosa que reaccionar de forma no esperada a quien pretende imponerse a través de la violencia, ha sido la fuente, inconsciente en la mayoría de los casos, de muchas acciones políticas transformadoras. Mandela desconcertó a los representantes del gobierno racista del apartheid cuando, al salir de la cárcel, los invitó a construir un nuevo país, el país del arco iris; su temor era que invitase a la violencia para vengar sus 28 años de cárcel y más de 40 años de discriminación, asesinatos y torturas para su gente. Posiblemente estaban preparados para responder con violencia a la violencia que esperaban, pero no para entender esta actitud, que fue definitiva para el desmoronamiento del sistema del apartheid. Los manifestantes de la Plaza Tahrir en Egipto fueron siempre muy enfáticos en demostrar que no estaban armados. De hecho, Mubarak pretendió provocar la violencia de los manifestantes, que justificase una intervención armada de los organismos del Estado. Es posible que la decisión de la ciudadanía de no presionar con la violencia haya sido definitiva para la actitud neutral que asumió el ejército del régimen. Millones de personas desarmadas lograron desconcertar la llamada *violencia legítima* del Estado. No ha sido lo mismo en Libia, donde los manifestantes demasiado pronto acudieron a las armas para confrontar el gobierno de Gadafi. La no resistencia al mal con violencia, de la que habló Jesús, tiene una cada vez más demostrada eficacia como mecanismo para deconstruir la violencia como método.

Normalmente hemos construido un dualismo entre los procesos de transformación individual y los procesos de transformación colectiva o social. Al observarlos como dos situaciones distintas, pretendemos construir métodos diferenciados. Gandhi construye un continuo entre estas dos realidades, mostrando que los mismos métodos pueden ser útiles en ambas circunstancias, y así como la estrategia del desconcierto funciona en las relaciones interpersonales, funciona también como estrategia política para reducir y manejar la violencia de los “fuertes”. Y este método de dos mil años, planteado por Jesús, es recuperado del baúl de los imposibles, con una nueva mirada.

El episodio de la mujer sorprendida en adulterio es otro ejemplo del poder del desconcierto. Quienes trajeron ante Jesús a esta mujer venían con piedras y con palos dispuestos a ejercer la violencia como mediación legal para quien transgrede las normas establecidas, y pretendían poner a Jesús en el dilema entre lo que dice la norma y lo que invita la misericordia. Las piedras eran para la mujer quien, según la ley, debía morir lapidada. Los palos eran para Jesús y sus amigos —quien hace uso de la violencia espera que su contendor responda de la misma forma—, se imaginaban que Jesús iba a convocar a quienes le rodeaban a defender a la mujer, violentando a sus agresores. Sin embargo, éste les responde con algo que ninguno esperaba como salida “el que esté libre de pecado que tire la primera piedra” y el desconcierto producido le salva la vida a la mujer que, de paso, no es conminada al arrepentimiento como condición para ser salvada. Y este es un elemento de libertad que forma parte del Dios del que habla Jesús, porque el perdón no depende del arrepentimiento, sino que éste es suscitado por la generosidad de quien te acoge sin condiciones, eliminando, de paso, la regulación social a través del miedo, como lo veremos en otros ejemplos más adelante.

Esta intervención de Jesús no hace sólo referencia a un problema de eficacia política, fácilmente observable cuando el enfrentar la violencia con violencia supone un suicidio colectivo o la pérdida de muchas vidas humanas y casi sin ninguna posibilidad de triunfar, sino también a un problema ético, a

lo que le dedicó parte de sus reflexiones como humanista, escritor y pensador el novelista ruso León Tolstói, y a lo que se refiere el arzobispo Desmond Tutu, premio nobel de la paz, al argumentar a los luchadores sudafricanos: “¿Cómo podemos utilizar armas que condenaríamos si fueran utilizadas contra nosotros?”<sup>2</sup> A continuación de la cita anterior, Jesús dice:

Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? (Mateo 5, 43-48).

Jesús propone la deconstrucción de la relación dualista amigo/enemigo que es un imaginario fundamental de la cultura, el cual legitima y ha legitimado las guerras y todo tipo de violencias. Propone como alternativa el método del amor, no como un gesto de bondad de quien lo siente, como se interpretó normalmente, sino como un método de transformación del opositor. Ejemplo de ello fue su metodología con Mateo, el recaudador de impuestos y percibido socialmente como aquel que no merecía más que el desprecio, el odio y el rechazo social. Contrario a lo esperado, se sienta a comer con él, ejemplificando cómo las relaciones entre pares son las que realmente transforman.

De estas fuentes aprende Martin Luther King que al enemigo no hay que vencerlo, sino convencerlo. Para los luchadores por los derechos civiles en Nashville era muy importante lograr que el alcalde reconociese que no era justa la segregación en las cafeterías y lo hicieron a través de una presión que no lo agredía, para no fortalecer sus concepciones racistas. Cuando lo vences, provocas en él la necesidad y el deseo de la revancha, la afirmación en sus propias razones, con la posibilidad de perpetuar *ad infinitum* la lógica de la confrontación

nacida, entre otras cosas, de la humillación infringida. El esfuerzo por convencer pretende transformar al otro a través de la humanización, que no es otra cosa que reconocerlo como un igual distinto, prescindiendo de lo que Elizalde llama “la superioridad moral”, que reproduce relaciones asimétricas, pues todos creemos que nuestras verdades son superiores, ética y moralmente, a las de los demás.

Es tan parecida en su conducta, en sus argumentos, en sus discursos, y en sus emociones mi superioridad moral, de las de aquellos que siempre consideré moralmente inferiores, que cada día estoy más dubitativo. Está tan llena mi supuesta superioridad moral de flaquezas y debilidades, de pequeños y grandes renuncios, de cobardías, de exabruptos, de injusticias, de arbitrariedades, de ocultamientos, que me es difícil discernir en qué es superior. (Elizalde, 2011).

Quien hace el mal alimenta sus razones en el odio que provoca, garantizando el círculo de la violencia. Los estudiantes de Nashville se prepararon para no resistir al mal con mal; en este propósito se necesitaba hacer gala de una mayor valentía y, sin responder con violencia a la violencia que les infringían, convirtieron esta actitud en una acción transformadora de su realidad.

Hace unos años, mientras realizaba un taller de Noviolencia en la ciudad de Santa Marta (Colombia), un campesino desplazado por la violencia quiso compartir su testimonio. Dijo él: “Vivía con mi familia en una pequeña vereda. Una noche llegaron unos hombres armados y con lista en mano fueron llamando a varias de las personas que allí vivíamos. Entre ellas se encontraban mi hijo mayor y el esposo de mi hija y, sin mediar palabra, allí mismo los asesinaron. Al otro día, temprano en la mañana, recogimos con el resto de la familia lo poquito que teníamos y que podíamos traernos a la ciudad y nunca quise saber quiénes fueron aquellos hombres, porque yo no podía permitir que además de llevarse a mi hijo y a mi yerno, se me llevasen también el alma.”<sup>3</sup> El salón permaneció en silencio varios minutos. Este hombre había to-

2. Steve York, Una fuerza más poderosa, episodio uno. York Zimmerman Inc. DVD.

3. Testimonio obtenido en un taller sobre Noviolencia realizado en la ciudad de Santa Marta (Colombia) el 11 de marzo de 2004.

mado la decisión de romper la cadena de la violencia por el eslabón que a él le correspondía, haciendo uso de su único poder, no permitir que el odio se alojase en su corazón, porque éste, además de ser un sentimiento inútil de cara a la posibilidad de justicia, le mataba también el alma que necesitaba para seguir viviendo.

En una sociedad regulada por el odio a los enemigos, no sabemos muy bien qué puede significar la propuesta del amor a los enemigos. Los estudiantes de Nashville y el campesino colombiano nos pueden sugerir caminos para empezar a imaginar lo que esto puede ser y llegar a representar. Caminamos intuitivamente en un camino que poco se ha transitado, pero lo que sí sabemos es que ello no significa aceptación *paciente* de la injusticia y de la violencia. Igualmente sabemos que no se trata sólo de superar la violencia directa, sino también otros tipos de violencia que suscitan en el adversario el deseo de la venganza. Hemos constatado que la lógica del odio y la violencia no ha conseguido mundos mejores; ella lleva a la confrontación en la que, casi siempre, ganan los que más fuerza tienen, con la consecuente derrota y humillación de uno de los bandos. Y demostrar fuerza ha supuesto actos de guerra que han terminado por pervertir los mejores fines y por reproducir las mismas opresiones que pretendían ser superadas. En palabras de José Antonio Pagola:

Pero, si no ha de venir un Mesías guerrero a derrotar a los romanos y si Dios no va a intervenir violentamente vengando al pueblo de sus enemigos y haciendo justicia a sus pobres, ¿qué se puede hacer? ¿Someterse con resignación a los opresores de Roma? ¿Aceptar la injusticia de los grandes terratenientes? ¿Callarse ante los abusos del templo? ¿Abandonar para siempre la esperanza de un mundo justo? ¿Cómo se puede ir haciendo realidad el reino de Dios frente a tanta injusticia? Desde su experiencia de un Dios no violento, Jesús propone una práctica de resistencia no violenta a la injusticia. Lo que hay que hacer es vivir unidos a ese Dios cuyo corazón no es violento, sino compasivo. Sus hijos e hijas han de parecerse a él, incluso cuando luchan contra abusos e injusticias. Su lenguaje resulta todavía hoy escandaloso...

Jesús anima a reaccionar con dignidad creando una situación nueva que haga más patente la injusticia y

obligue al violento a reflexionar y, tal vez, a deponer su actitud. No se trata de adoptar una postura victimista, sino de seguir una estrategia amistosa que corte toda posible escalada de violencia. (Pagola, 2007, pp. 231-232).

El Sermón de la Montaña también es una oda a la fragilidad: Bienaventurados los pobres, los que lloran, los perseguidos, los que sienten misericordia o son capaces de sentir el dolor de los demás como propio, los que trabajan por la paz, los que sufren, los que tienen el corazón limpio y, a renglón seguido, dice que de ellos es el Reino de los Cielos, que era la manera de llamar a la utopía en aquellas circunstancias de tiempo y lugar. Si Jesús hubiera vivido en estos tiempos hablaría de “otros mundos son posibles”. Y hablar de los frágiles como los sujetos de otros mundos supone una ruptura con la idea de que los fuertes son los gestores por excelencia del mundo de lo humano y, de paso, con el predominio de la fuerza física como la mediadora fundamental en todo tipo de relación.

En las historias que se narran de Jesús es recurrente su reconocimiento de otro mundo posible construido desde la aparente fragilidad. Hace mención a los niños y las niñas, a las mujeres, a los y las pecadoras, a los y las enfermas, a los publicanos y extranjeros, es decir, a hombres y mujeres considerados en aquella época como la escoria social. Y acude a parábolas como las de la piedra desechada por los arquitectos que se vuelve la piedra angular, o la semilla de mostaza que, siendo la más pequeña, se transforma en un árbol frondoso. Podemos observar que lo anterior tiene relación con la Ley de la Influencia Sutil o el Efecto mariposa que aparece en Las siete leyes del caos en donde se habla del poder de la fragilidad, del poder de la periferia para transformar la realidad, de la posible relación existente entre el aleteo de una mariposa con una tormenta tropical, o de la fuerza de transformación que tienen actos de mujeres y hombres que sin un evidente poder real –basado en las armas, en el dinero o en el poder político– ejercen una influencia definitiva sobre la construcción de nuevas realidades. Las experiencias históricas de la noviolencia, de las que estamos aprendiendo otras maneras de construir

mundos distintos, nos hablan de esas semillas de mostaza y de esas piedras desechadas, fragilidades que expresan otro tipo de fuerzas y que se eximen de su capacidad de dominación. Pagola los asimila a los mensajeros de la Buena Noticia.

Pero nada me alegraría más que saber que su Buena Noticia llega, por caminos que ni yo mismo puedo sospechar, hasta los últimos. Ellos eran y son también hoy sus preferidos: los enfermos que sufren sin esperanza, las gentes que desfallecen de hambre, los que caminan por la vida sin amor, hogar ni amistad; las mujeres maltratadas por sus esposos o compañeros, los que están condenados a pasar toda su vida en la cárcel, los que viven hundidos en su culpabilidad, las prostitutas esclavizadas por tantos intereses turbios, los niños que no conocen el cariño de sus padres, los olvidados o postergados por la Iglesia, los que mueren solos y son enterrados sin cruz ni oración alguna, los que son amados sólo por Dios. (Pagola, 2007, pp. 7-8).

Para Jesús sólo es posible imaginar un mundo distinto desde quienes tienen necesidad de él. De alguna manera, los fuertes tienen el mundo a la medida de como lo quieren e imaginan. La soberbia, resultado del espíritu depredador del antropocentrismo, y la codicia, como acumulación sin límites de excedentes económicos, son la guía del mundo que vivimos. Cuando dice que “es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los cielos” (Mateo 19, 24) se está refiriendo a la dificultad que tiene el querer e imaginar mundos mejores desde quienes se sienten satisfechos con el existente. No es gratuita la imposibilidad de acuerdos en las cumbres de la Tierra, pues en ellas se pretende que los fuertes sean capaces de promover cambios fundamentales en los estilos de vida que están lesionando seriamente el planeta, cuando son la base de su acumulación. El poder de la transformación se desplaza, entonces, del centro a la periferia. No es una cuestión de bondad, es un asunto de necesidad. Y es una periferia que se define desde la inhibición del poder de la fuerza física, ya sea ella militar, política o económica. Otra vez Pagola (2007) nos ayuda en la reflexión:

Una antigua fuente cristiana ha conservado una “bendición” que brotó espontáneamente de su corazón al ver que su mensaje era acogido por los pequeños: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y

de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños (Fuente Q, Lucas 10,21 / I Mateo 11,25).” (p. 42).

[...]

¿Había que abandonar la tradición que hablaba de un Dios grande y poderoso? ¿Había que olvidarse de sus grandes hazañas del pasado y estar atentos a un Dios que está ya actuando en lo pequeño e insignificante? (p. 102).

[...]

Nadie sabe muy bien cómo, pero algo se produce misteriosamente bajo la tierra. Lo mismo sucede con el reino de Dios. Está ya actuando de manera oculta y secreta. Solo hay que esperar a que llegue la cosecha. (p. 103).

[...]

Con el reino de Dios sucede como con la levadura que tomó una mujer y la escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado... ¿Será así la fuerza de Dios escondida en la vida? ¿Como la de la levadura que actúa secretamente en la masa y la transforma por entero? ¿Estará Dios llegando de manera casi imperceptible, pero con fuerza poderosa como para transformarlo todo? (p. 105).

De nuevo aparece esa percepción de la divinidad que se esconde y manifiesta en la vida, en la fuerza que impele a la comunidad humana a encontrar los caminos que posibiliten la supervivencia. Jesús aprende y construye su percepción de Dios, leyendo en la vida que le rodea y sugiere, a través de sus ejemplos y parábolas, seguir el mismo camino.

La película *De dioses y hombres*,<sup>4</sup> cuenta la historia, acaecida en Argelia entre 1993 y 1996, de una pequeña comunidad de monjes, casi todos ellos mayores de edad, que vive en perfecta armonía con la comunidad musulmana que puebla una pequeña ciudad en las montañas argelinas, sin pretensiones de convertirla, sólo en

4. Título original: *Des hommes et des dieux*. Dirección: Xavier Beauvois. País: Francia. Año: 2010. Un monasterio en las montañas del Magreb en los años noventa. Ocho monjes cistercienses viven en perfecta armonía con la población musulmana. Un grupo de fundamentalistas islámicos asesina a un equipo de trabajadores extranjeros y el pánico se apodera de la región. El ejército ofrece protección a los monjes, pero estos la rechazan. ¿Qué deben hacer? ¿Irse, quedarse? A pesar de la creciente amenaza, empiezan a darse cuenta de que no tienen elección y deben quedarse, pase lo que pase. La película se basa a grandes rasgos en la vida de los monjes cistercienses del Tibhirine, en Argelia, desde el año 1993 hasta su secuestro en 1996.

una actitud de servicio y de amor por la gente. La guerra que enfrenta al gobierno de Argelia con grupos extremistas amenaza la vida de los monjes, quienes se debaten entre salir del país o seguir acompañando la comunidad. En la búsqueda de saber qué hacer, el abad sale a caminar, a mirar la naturaleza, intentando leer en ella y en la vida que expresa, el deseo de Dios. La gente les dice “nosotros somos los pájaros y ustedes son las ramas; si ustedes se van, ¿en dónde podremos posarnos?” Los árboles milenarios, que acogen las bandas de pájaros, no se cambian de lugar según la conveniencia, porque ellos son la referencia de las aves. Otro tanto hacen los otros monjes en sus labores diarias y deciden quedarse. En 1996, siete de ellos son secuestrados y posteriormente asesinados. Su pretensión no fue nunca convertirse en mártires y dar su vida como prueba de la verdad de su fe. Se quedaron porque optaron por seguir acompañando la vida allí donde la vida los había llevado y develando su decisión del antiguo método humano que consiste en leer lo que la vida expresa y dice en el mensaje sencillo de la cotidianidad. Hombres mayores, todos ellos muy frágiles, cuya fuerza no está en cómo murieron, sino en cómo vivieron, deconstruyendo así las posturas fanáticas del martirio.

Jesús también plantea la ruptura de límites y fronteras, transformando una imagen del Dios de Israel,—protector de su pueblo escogido en exclusiva, que se pone de parte de él para que sus ejércitos violenten y destruyan a sus enemigos—, en el Dios Padre de todas y todos. De aquí surge de forma creativa la idea de la fraternidad universal. Y lo aprende de la mujer que le tira de la túnica para que le ayude con su hija enferma. Muy posiblemente su molestia inicial es derrotada en lógica de desconcierto por esta mujer que casi le impedía caminar cuando, desde su perspectiva cultural, le dice que su misión se restringe a los hijos de Israel, porque “no se le puede echar la comida de los hijos a los perros” y ella le dice que también los perros comen de las migajas que se caen de la mesa, ayudándole a Jesús a entender que un Dios amoroso no distingue las fronteras con las que hemos dividido la realidad y aprende de la fe de esta mujer que la vida desconoce los límites,

que ellos son construcciones culturales propias del concepto de territorio. Con este episodio nos introduce también en la búsqueda permanente de una verdad abierta siempre a nuevos aprendizajes, que necesita prescindir de categorías o verdades inamovibles.

Pagola lo describe así:

La mujer no se ofende; lo que pide no es injusto; no está buscando nada para sí misma. Lo único que desea es ver a su hija liberada de tanto tormento. Retomando la imagen empleada por Jesús, le replica de manera inteligente y confiada: “Sí, Señor; pero también los perritos comen bajo la mesa migajas de los niños”. Su hija se contentaría con las migajas y desperdicios caídos de la mesa. De pronto Jesús ha comprendido todo: la voluntad de esta mujer coincide con la de Dios, que no quiere ver sufrir a nadie. Conmovido y admirado por su confianza, le dice así: “Mujer, grande es tu fe; que suceda como tú quieres”. Esta es la respuesta de Jesús según Mateo 15,28. La fe grande de esta mujer es un ejemplo para los discípulos de “fe pequeña”. Pero lo sorprendente es que el mismo Jesús se deja enseñar y convencer por ella. La mujer tiene razón: el sufrimiento humano no conoce fronteras, pues está presente en todos los pueblos y religiones. Aunque su misión se limite a Israel, la compasión de Dios ha de ser experimentada por todos sus hijos e hijas. En contra de todo lo imaginable, según el relato, esta mujer pagana ha ayudado a Jesús a comprender mejor su misión. Esta es la única ocasión en que Jesús renuncia a su posición y acepta la de su interlocutor. Jesús se deja convencer por una mujer pagana. (Pagola, 2007, pp. 193-194).

Esa ruptura de fronteras pasa por transformar las relaciones de poder jerarquizado, a partir de proponer la fraternidad universal y las dimensiones horizontales del mismo poder. Dice Jesús: “El que quiera ser el primero, que sea el que más sirva” (Mateo 20, 26), transmutando las relaciones de obediencia y dependencia en relaciones de solidaridad. “Ya no los llamo siervos, sino amigos” (Juan 15,15), sugiriendo con ello la construcción de relaciones sociales entre pares, basadas en el reconocimiento del otro y la otra como iguales.

Jesús también cuestiona el miedo como regulador social por excelencia. Para una sociedad

regulada desde el temor a Dios, desde la sacralización de la vida social (intervención directa de Dios en todo tipo de norma), desde la autoridad incuestionable por ser de procedencia divina, prescindir del miedo a Dios, como regulador social, era casi que caer en la anomia social, en el caos colectivo. Desde esta perspectiva era normal que los dueños del poder político y religioso leyeran a Jesús como una especie de anarquista que ponía en peligro los acuerdos colectivos que posibilitaban la vida en sociedad. ¿Qué podría pasar si dejase de existir el “santo temor de Dios”? ¿Cómo prescindir socialmente de una imagen omnipotente y omnipresente, a través de la cual se legitimaba la autoridad, las normas, las relaciones sociales, la justicia?

El miedo ha sido un regulador social desde que empezamos a organizarnos como sociedades sedentarias. No es que hayamos empezado a sentir miedo desde entonces. En principio el miedo es un mecanismo de defensa de los seres vivos y, por lo tanto, de los humanos. Gracias a él cuidamos nuestras vidas de forma individual y colectiva. Lo nuevo fue la manipulación del miedo como mecanismo para conseguir la interiorización de las normas sociales, su aceptación. De esta necesidad surgieron los mitos que castigaban la desobediencia a las normas. El mito del Paraíso es una expresión clara de ello: la desobediencia obtiene un castigo definitivo porque es el pecado originario de toda anomia social. Desde entonces, según el mito religioso, toda la humanidad carga con las consecuencias de dicha desobediencia, resultado de poner en entredicho la autoridad de Dios, la fuente de toda autoridad. Desde entonces, los mitos han ido cambiando en sus protagonistas, pero no en el mensaje de la autoridad que debe ser obedecida sin cuestionamiento alguno, so pena de un castigo de expulsión de la sociedad, de exclusión social. Hemos pasado del temor a Dios, al temor al rey, al temor al Estado; del Dios que se pasea de forma omnipresente entre los seres humanos al Gran Hermano que todo lo vigila. Pocas cosas han cambiado en realidad. El imponer temor es una característica inherente al poder porque hace creer que todo lo ve, que todo lo sabe, que es capaz de imaginar aún lo que no te has atrevido a pensar

y porque tiene el poder y la autoridad para castigarte sin sentir misericordia.

De nuevo, Pagola dice:

Pero, sin duda, el medio más eficaz para mantenerlos sometidos era utilizar el castigo y el terror. Roma no se permitía el mínimo signo de debilidad ante los levantamientos o la rebelión. Las legiones podían tardar más o menos tiempo, pero llegaban siempre. La práctica de la crucifixión, los degüellos masivos, la captura de esclavos, los incendios de las aldeas y las masacres de las ciudades no tenían otro propósito que aterrorizar a las gentes. Era la mejor manera de obtener la fides o lealtad de los pueblos. (Pagola, 2007, p. 11).

Hemos construido sociedades donde la obediencia es una virtud fundante y no puedo dejar de pensar en la protagonista de la película de *El lector*<sup>5</sup>, que no entendía por qué la acusaban de crímenes de lesa humanidad —no había abierto la puerta de la Iglesia llena de presos, que se incendiaba, porque si lo hacía se le escapaban— cuando ella lo único que había hecho era cumplir con su deber, obedecer, que es previo a la misericordia; total Dios no tuvo ningún tipo de compasión con quien había desobedecido sus preceptos. Y no dejan de conmovernos los *progroms* en Rusia, ni los campos de concentración y de exterminio de la Alemania nazi, o de la Cambodja de Pol Pot, o de Serbia en la guerra de los Balcanes, o la matanza de los niños de Soweto en Sudáfrica, o las desapariciones en el Cono Sur latinoamericano, por nombrar sólo algunos hechos que nos avergüenzan como humanidad, pero no logramos cuestionar la “obediencia debida” que se esconde detrás de todos ellos. Y entonces, para no juzgar lo que multiplica el horror, porque no sabríamos vivir en sociedad sin la obediencia, preferimos particularizar el crimen, crear un “chivo expiatorio” que cargue con todas las culpas y, de paso, nos libre de ellas a toda la sociedad.

5. Año de producción: 2008. País: Alemania, EE.UU., Dirección: Stephen Daldry. Película basada en la novela del alemán Bernhard Schlink, que tiene como protagonista a una mujer que es juzgada por crímenes de guerra. “Hay en el alma de la película una idea controvertida, discutible” dice el comentarista de cine del diario ABC, E. Rodríguez Marchante.

Y eso fue lo que le pasó a Jesús. Puso en entredicho la obediencia basada en el miedo al castigo y pretendió cambiar la percepción de Dios construida con base en una autoridad vertical que supedita sin cuestionamientos. La disposición a Abraham a obedecer, es la obediencia que se espera, que no duda, entendida como la máxima expresión de fe y, de paso, de sometimiento. Y es tan importante esta relación del pueblo de Israel con su Dios que todo lo malo que le sucede lo interpreta como consecuencia directa de un acto de desobediencia e infidelidad.

Y a Jesús le da por decir que Dios es un papá amoroso que está siempre dispuesto a perdonar, que no exige ni pone condiciones para ello y cuenta la parábola del hijo pródigo para dar a entender cómo debemos percibir a Dios. En ella habla de un papá que cuando se entera que el hijo equivocado vuelve, sale a recibirlo, como si nada hubiese pasado. No averigua cuáles son las intenciones que el hijo trae al regresar, no necesita saber si viene arrepentido o en busca de lo que no logró llevarse la vez que se fue, sólo necesita expresar su amor con la seguridad de que el amor es un método que puede transformar, pero para ello hay que prescindir incluso de la pretensión de hacerlo.

En palabras de Pagola: “Dios no viene como juez airado, sino como padre de amor desbordante. La gente lo escucha asombrada, pues todos se estaban preparando para recibirlo como juez terrible”. (Pagola, 2007, p. 82).

Consecuencia directa del miedo al castigo, como regulador social, es la justicia retributiva que tiene como objetivo infringir una pena proporcional al daño cometido, como método para prevenir el delito. La obediencia a la norma está regida por el temor a la sanción. El espíritu del “ojo por ojo y diente por diente” de la Ley del Talión, que aparece en el Código de Hammurabi (1792 a.C.) sigue culturalmente vigente a pesar de los avances y sofisticaciones del llamado derecho positivo. Las normas y sus penas anexas siguen pretendiendo el mismo objetivo. De hecho, en la vida cotidiana es muy común que los padres piensen en castigos “que duelan” para conducir a sus hijos, porque confían en que causar dolor es el mecanismo idó-

neo para conseguir comportamientos adecuados. Los manuales de convivencia de las organizaciones educativas terminan siendo códigos de castigo, y es socialmente bien visto el maestro o el padre de familia que sabe castigar “ejemplarmente”, así como no se consideran efectivos los métodos de quienes son benévolo o comprensivos. De hecho, cada que se presenta una situación “anómala”, quienes tienen el poder se sienten en la obligación de regular con un castigo posibles actitudes similares, como forma ideal de prevenirlas. La mediación de la violencia –directa, cultural o estructural– sigue estando presente como mecanismo ideal para inhibir la desobediencia, para someter la diversidad y la divergencia, para dominar a los frágiles y supeditar lo llamado femenino.

En lógica de no violencia, y más consecuente con el planteamiento de Jesús, viene desarrollándose y encontrando camino la justicia restaurativa o reparativa. Ella responde a la determinación colectiva de dar a quien se equivoca la posibilidad de enmendar su error. La diferencia fundamental está en que no pretende infringir dolor ni violencia, sino crear las condiciones para que sea posible reparar y/o restaurar, estableciendo una relación directa y consecuente entre el error cometido y la sanción establecida por el grupo social afectado. A ello se refiere Jesús cuando habla de perdonar “setenta veces siete” (Mateo 18, 21-22) como una manera de decir “siempre”, consciente de que la generosidad transforma más el error, que el castigo. De esta forma se propone el perdón no como una virtud individual, como tradicionalmente se enseña, sino como un mecanismo de transformación de las sociedades.

El miedo y la manipulación del castigo, por parte de quienes ejercen el poder, sólo ha conseguido legitimar su barbarie en aras del bien colectivo. No hemos llegado a cuestionar ni a deslegitimar los métodos. A ello hace referencia Gandhi cuando se empeña en poner el énfasis en los medios y no en los fines. Lo que determina el cambio es la búsqueda creativa de nuevos medios y no la redefinición de los fines. Tenemos poder sobre los primeros, son de nuestra incumbencia qué métodos utilizar y son ellos los que terminan definiendo

do, a mediano y largo plazo, la concreción de los objetivos. En este sentido, el castigo o el perdón son medios distintos para llegar a construir mejores sociedades. Es evidente que el primero no las ha conseguido, ni siquiera con la amenaza de la condenación eterna. La justicia restaurativa, que está en proceso de construcción, puede ser un método que nos lleve a sociedades más humanas sin que, por supuesto, elaboremos un nuevo dualismo con la justicia retributiva, en el que tengamos que escoger entre las dos, que pueden llegar a complementarse.

El proceso de Sudáfrica, liderado por Mandela, nos ejemplifica esta búsqueda. Era evidente que la sola justicia retributiva no iba a permitir salidas posibles que se apartasen de la violencia y la venganza, condenando al país a una nueva guerra. Y un hombre que se pasó 28 años preso decide no reclamar el castigo para la injusticia de la que fue víctima en la búsqueda de un método que restaure tanto dolor multiplicado. Es una búsqueda en medio de la incertidumbre, en medio de una sociedad humana que prefiere el camino andado, que da apariencias de certeza, aunque haya demostrado su incapacidad para romper el círculo vicioso de las violencias. Es una propuesta que nos lanza al vacío de lo desconocido. No sabemos si logrará curar las heridas infringidas, pero sí esperamos que no las reproduzca y multiplique.

Jesús también plantea la deconstrucción de los dualismos, proponiendo paradojas. El maniqueísmo<sup>6</sup> del bien y del mal queda cuestionado en su parábola del fariseo y el publicano en el templo, en la que salió justificado aquel que la sociedad podría considerar como el malo y no el que veía sus obras como justas.

Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano.

Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias”. En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. (Lucas 18,10-14).

Por último, es fundamental deconstruir la legitimación de la violencia que se esconde detrás de los *héroes* y los *mártires*, porque ellos terminan convirtiéndose en símbolos que nos hablan de que hay causas por las que vale la pena morir y las sociedades humanas las convertimos en razones por las que vale la pena matar. La idea de Jesús, como chivo expiatorio que acepta la muerte violenta al saberse la víctima propiciatoria que permitirá la reconciliación entre Dios y la humanidad tiene implícita una enseñanza: tan buena es la violencia, que hasta Dios la usa. De hecho todavía se repite en la liturgia de las religiones de inspiración cristiana que por amor al mundo Dios entregó a su hijo para que redimiera nuestros pecados en la cruz. El mensaje implícito es claro: la violencia salva. De hecho cuando un creyente ve una cruz piensa en salvación. Al respecto dice Pagola:

Dios no aparece como alguien que exige previamente de Jesús sufrimiento y destrucción para que su honor y su justicia queden satisfechos y pueda así “perdonar” a los hombres. Jesús, por su parte, no aparece tratando de influir en Dios con su sufrimiento para obtener de él una actitud más benevolente hacia el mundo. A nadie se le ha ocurrido decir algo parecido en las primeras comunidades cristianas. Si Dios fuera alguien que exige previamente la sangre de un inocente para salvar a la humanidad, la imagen que Jesús había dado del Padre hubiera quedado totalmente desmentida. Dios sería un ser “justiciero” que no sabe perdonar gratuitamente, un acreedor implacable que no sabe salvar a nadie si antes no se salda la deuda que se ha contraído con él. Si Dios fuera así, ¿quién podría amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas? Lo mejor que uno podría hacer ante un Dios tan riguroso y amenazador sería actuar con cautela y defenderse de él teniéndolo satisfecho con toda clase de ritos y sacrificios. (Pagola, 2007, 399).

6. Doctrina fundada por el filósofo persa Manes que se basa en la existencia de dos principios eternos, absolutos y contrarios, el bien y el mal. Cualquier actitud que mantiene posturas extremas sin puntos intermedios. Fuente: <http://www.wordreference.com/definicion/manique%C3%ADsmo> Consultada el 24 de marzo de 2011.

Consideramos que es fanatismo religioso cuando un musulmán decide auto inmolarse por una causa que considera buena y justa, porque ello lo llevará directamente al cielo, pero nos parece que es otra cosa cuando hablamos de nuestros héroes como aquellos que están dispuestos a morir por la patria, por defender nuestra civilización y los ponemos como ejemplo máximo de entrega y sacrificio, y a los que hay que imitar. ¿Por qué es fundamentalismo lo primero y no lo segundo? Tanto los unos como los otros beben en un simbolismo social de la violencia, que da sentido a comportamientos regidos por esta cultura. Cuando, en los desfiles militares, se pasea a públicamente a los soldados en sillas de ruedas sin brazos o sin piernas, hay una invitación explícita al sacrificio generoso por la patria y, de paso, al derecho a la violencia para acabar con el mal que lo produce.

Por eso es importante deconstruir la relación entre cruz y salvación. De hecho, Jesús no se entregó. La historia que se cuenta lo niega. En realidad tuvieron que chantajear a uno de sus amigos para poder encontrarlo, porque estaba escondido. Esa no es la actitud de quien se entrega. Por otro lado, sus palabras en la cruz reclamando el abandono de Dios, no se corresponden con quien ya sabía que ésa era su misión. Esta teología ha convertido la forma en que murió Jesús en el centro de la reflexión y poniendo en segundo lugar de importancia la forma como vivió, que es donde se encuentra la esencia de su mensaje. Sí es cierto que no se rebeló contra la violencia, que no respondió al mal con mal, que pretendió con su método desconcertar a quienes lo agredieron,<sup>7</sup> que asumió las consecuencias de sus actos, que cuestionaban profundamente la cultura de su tiempo, lo que no significa querer ni buscar la muerte a través del martirio. A Jesús, como consecuencia de lo anterior, lo mataron, no se entregó a la muerte.

En sociedades en las que aún son muy importantes las sacralizaciones, a pesar del camino andado por las miradas seculares, es fundamental deconstruir este tipo de símbolos, elaborando reflexiones desde la vida y no desde la muerte.

7. De hecho desconcertó de tal forma a Pilatos, que hizo lo posible por liberarlo.

Hemos realizado un recorrido por esos aspectos que son alternativos en la historia de Jesús. Partimos de la no resistencia al mal con violencia, vimos cómo cuestionaba la violencia de los fuertes, proponía la fuerza del desconcierto, la deconstrucción del enemigo y de las fronteras, sugería la verdad como un aprendizaje permanente, transformaba las relaciones jerarquizadas en relaciones entre pares, cuestionaba el miedo como regulador social, enseñaba sobre el poder de la periferia y la valoración de la fragilidad, planteaba la paradoja del bien y del mal, y hacía un cuestionamiento profundo a la violencia y a todas sus legitimaciones.

¿Por qué un mensaje tan profundamente contracultural se vuelve sustentador de la cultura que se pretendía cambiar? No considero que haya sido el resultado de una manipulación consciente y perversa, simplemente su vida fue leída desde los imaginarios existentes, porque no había otros. La cultura hegemónica logró domesticar sus propuestas de transformación del cuenco, como ha sucedido de forma permanente con los miles de esfuerzos históricos por cambiar la realidad. ¿En dónde puede estar hoy la diferencia fundamental? En el número de personas que cada día sienten que esta cultura ya no se sostiene, y su sentir no está motivado por intereses distintos a los de la preservación de la vida. Y entonces nos encontramos en la posibilidad de releer a Jesús con otros ojos. En eso puse mi empeño.

### Referencias Bibliográficas

- Elizalde, A. (mayo, 2001). Mi superioridad moral. *Uno Mismo*, 137. Santiago.
- Pagola, J. (2007). *Jesús, aproximación histórica*. Madrid: PPC.